

ciéndoles: "¿Qué va aquí jugao? ¿Quién habla de matar? ¿Venimos por sangre, ó venimos por dinero? Estos hombres están entregaos. ¡Dios les ayúe, y nos ayúe á nosotros, que güena farta nos hace!" Y á esta actitud resuelta debimos todos la vida.

Esto oí contar, y *relata refero*.

La justicia humana, á las veces más inflexible que la divina, no se ha de blandear, ni yo pretendo que se blandee. Ha hallado al *Vivillo* después de muchas pesquisas infructuosas. Menos mal, que las humanitarias leyes internacionales, regulando la extradición, dicen á España, al entregarle su presa, lo mismo que ésta había dicho antaño á sus secuaces: "¿Quién habla de matar...? Ese hombre está entregado. ¡Dios le ayude, y nos ayude á todos, que bien lo hemos menester!"

(A B C, 21 de Febrero de 1909.)

XXXIX

APORTACIONES HISTÓRICO-ARTÍSTICAS

Bajo los honrosos auspicios de la *Hispanic Society of America*, fundada en Nueva York por el opulento y desprendido hispanófilo Mr. Archer Milton Huntington, acaba de ver la luz pública en la metrópoli de Andalucía el tomo tercero de una obra excelente: del *Ensayo de un diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusive*. Es tal volumen mero apéndice de los dos anteriores; pero bien puede decirse en este caso, con frase vulgar, que la *postdata* vale aún más que la carta, porque, á la verdad, tiene mayor importancia esta adición (ó, por lo menos, es más gustosa) que lo impreso años atrás. Y bien se explicarán mis lectores por qué, cuando yo les diga que en los dos primeros volúmenes, aunque llenos de muy curiosas noticias, no abundan las sacadas del Archivo de Protocolos hispalense, mientras que en el tomo estampado ahora son contadísimas las que no proceden de aquella inagotable cantera,

cuyo material, por ser fiel y completa expresión de la vida social de remotas generaciones, parece ofrecerlas á nuestro estudio redivivas y palpitantes.

Yo profeso cordial cariño á este reciente libro de mi ilustre camarada don José Gestoso, porque le he visto nacer é ir creciendo día por día y año tras año. ¿Cómo? Ya lo apunté en otro lugar: trabajando meses y meses sobre los polvorientos librotos de aquel archivo y buscando peregrinas noticias útiles para la reconstitución de nuestra historia científica, literaria y artística, hasta ahora tan llena de lagunas y tan plagada de errores, que casi va costando más el derribo que la reedificación.

Fruto, en gran parte, de aquel prolijo investigar del señor Gestoso ha sido su admirable estudio sobre *Los barro vidriados sevillanos*, que premió la Real Academia de la Historia y salió á luz en 1904, y es ahora el volumen que ha motivado estos renglones. En él se amplían considerablemente las noticias biográficas dadas en los dos primeros acerca de millares de artífices que contribuyeron muy mucho á la fama universal de la gran Sevilla de los siglos XVI y XVII,

“Roma triunfante en su mayor alteza”,

y á la general opulencia artística de nuestra nación, no sólo cultivando las bellas artes de la pintura y la escultura, sino también las diversas artes industriales con que justificadamente nos

enorgullecíamos y por las cuales nos admira aún el mundo entero: floreciente vida que dió al través, en unas industrias, por el cambio de nuestras costumbres, decorado, trajes y armas, y en otras, en las más, porque padecemos un sueño largo y letal, mientras que el mundo todo velaba, y al cabo la actividad extranjera se nos impuso, para lo cual fueron tanta parte como sus esfuerzos mismos nuestra desidia y nuestra servil y moderna afición á imitar simiescamente todo lo extranjero.

Pero si es interesantísimo lo referente á aquella gruesa falanje de cultivadores de nuestras viejas industrias artísticas, porque de esta materia se trató muy poco hasta ahora y por contados escritores, no puede serlo menos, sino todavía más, por la preclara supremacía de la pintura y de la escultura, lo tocante á los varones que profesaron estas nobilísimas artes, y, á la verdad, en cuanto á unos y á otros hay un vasto arsenal de datos peregrinos en el nuevo libro del señor Gestoso. Baste con decir que, sólo por lo que hace á los pintores, se dan abundantes noticias, hasta ahora ignoradas, de cerca de cuatrocientos.

Sigan norabuena viendo la luz de la publicidad libros como éste, y andando vamos. Hoy por hoy, con el nuevo concepto de la Historia, no cabe escribir, en cualquiera de los órdenes de esa gran ciencia, vasta y complejísima, sino monografías, tratados locales y particulares, estudios biográficos; en una palabra: piezas sueltas. Y para ello,

ante todas cosas, hay que seguir allegando los materiales, enterrados acá y allá bajo el polvo de muchas generaciones, y sepultados, en grandísima parte, entre la polilla de los archivos. Así, este reciente volumen del señor Gestoso amplía en mil lugares y corrige en no pocos las noticias contenidas en los dos volúmenes anteriores. Y de muchos de esos mismos artistas, y aun de otros diversos, tengo yo copiosas noticias, también halladas en el riquísimo archivo sevillano, y con las cuales todavía ha de ampliarse más y más lo que, paso á pasito y entre todos, vamos descubriendo acerca de los pintores y escultores de antaño. Y hechos con toda prolijidad estos análisis, ya, á su hora, llegarán, por ley de providencial selección, los seres privilegiados que, discerniendo, combinando y enjuiciando sobre todo ello con la clarividencia propia de los escogidos, hagan las grandes síntesis. Entonces se habrá escrito la verdadera *Historia*, y no esto que por *Historia* venimos recibiendo provisionalmente.

Todos sabemos que, hasta bien entrado el último tercio del siglo XIX, quien deseaba conocer á nuestros antiguos escultores y pintores tenía contadísimos libros adonde acudir en busca de noticias: casi todo el tesoro conocido de sus biografías estaba en el *Museo pictórico* de Palomino y en el *Diccionario histórico* de Ceán Bermúdez. Pero en los últimos cuarenta años, ¡cuánto se ha enriquecido el acervo de este linaje de noticias, gracias á la esforzada voluntad de trabajadores

tan beneméritos como el Conde de la Viñaza, el Barón de Alcahalí, Cossío, Martí y Monsó, Tormo, Sentenach, Ramírez de Arellano, Gómez Moreno, Leguina y algunos otros! Entre estos historiadores de nuestras artes y de nuestros artistas figura Gestoso con inmejorables títulos, esto es, con la larga lista de sus notables publicaciones, que le han granjeado, á la par que premios muy codiciables, la estimación y el respeto de cuantos aquí y fuera de aquí nos interesamos por el adelantamiento de las investigaciones artísticas.

(*A B C*, 7 de Abril de 1909.)

XL

DEL ANTAÑO GLORIOSO

Los hidalgos pobres descendientes de casas ricas solían endulzar los tristes pensamientos que les sugería su pobreza repasando las ejecutorias de sus antepasados y leyendo en ellas, una vez más sobre muchas, el admirable relato de sus hazañas. Así, con desmerecer de sus progenitores lo menos posible, perseveraban en la virtud, cobraban ánimo para seguir resistiendo los rudos embates de la mala fortuna, y, en sus adentros, cambiaban los altivos motes de sus escudos de armas por este otro de no menos valor moral: "Pobreza, y no vileza."

Esto mismo, ó cosa muy parecida, suele ocurrirme cuando desdichas presentes afligen mi espíritu: acudo entonces, como los hidalgos venidos á menos, á los añejos pergaminos familiares, á los polvorientos libros de nuestra historia nacional, y, embebido en su lectura, hallo el lenitivo que los dolores del alma necesitan, y afirmo la fe que de

ella se me iba ausentando, y reivindico la casi perdida confianza en lo por venir.

Á este bien probado recurso apelé ayer, después de haber leído diversos periódicos y de haber lamentado entre mí que la política, que, como dicen, no tiene entrañas, las pierda tal cual vez hasta el extremo de estimarlo todo preferible —¡todo, inclusive el triunfo de la anarquía!— á que sigan gobernando los hombres del actual gabinete. Paréme perplejo ante uno de los estantes de mis libros y pronto me resolví á sacar uno determinado: la *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, de fray Prudencio de Sandoval, obra por muchos estilos recomendable. ¿Que por qué escogí ésta y no otra? Porque acabado de pasar el día de Santiago, patrón de España, vínoseme á la memoria el recuerdo de una de nuestras mayores victorias sobre los moros, ganada en tal día como éste: el recuerdo del asalto y toma de Trípoli en 1510, notabilísima hazaña cuyo relato había yo leído más de una vez en la hermosa obra del buen benedictino.

El famoso capitán Pedro Navarro—sin *don* ni nada, pues hombre de tantos *dones* no había menester un *don* más—, después de conquistar envidiable fama en Italia como ingeniero y como soldado, y después de ganar en poco más de un año, con aplauso y asombro de su patria y de su rey don Fernando el Católico, el Peñón de la Gomera, Mazalquivir, Orán y Bujía, todo ello no sin hacer grandes matanzas en la morisma,

acudió con su flota, y en ella catorce mil hombres, para tomar á Trípoli.

“Amaneció la flota—dice Sandoval—una legua pasada de Trípol, día de Santiago deste año de mil y quinientos y diez, porque con la obscuridad de la noche habían perdido el desembarcadero, por mucho descuydo de los pilotos: y assí, mientras volvieron á ganar esta legua tuvieron lugar de armarse los de Trípol y salieron á impedir la desembarcación... Començó luego el combate, y á las onze se les dio tan rezió assalto, que subieron muchos por escalas encima de los muros, y se arrojaron dentro (si bien eran altas las paredes), por las picas, y sin ellas. Pelearon por las calles con los moros, tanto, que descansaban á ratos, y murieran todos los españoles si tardaran poco más en abrir las puertas. Los de dentro mataron algunos, y descalbraron muchos con piedras y fuego que lançaron desde los muros, y en las calles mataron más de ciento. Como el Conde entró, no pudieron sufrir la carga que les dieron, y assí, se retiraron, unos á la Mezquita grande, y otros á unos cubos de la cerca, y el Xequé al Alcaçaba, donde se mostraron animosos y se defendieron hasta que anocheció: y á esta hora entraron los españoles por fuerça en ella, y mataron al primer ímpetu dos mil personas... Murieron este día seis mil moros, y hay quien diga diez mil. Costó la vitoria trezientos españoles que murieron.”

Empresas como ésta han menester, para ase-

gurar en lo posible su buen resultado, todo lo que se saben los técnicos, y además tres cosas: fe, fe y FE. Fe y más fe en que nuestra raza no ha dejado de ser la que era cuando, después de arrojar de toda España á los moros, tratándolos como á lobos feroces (*moreznos*, como *lobeznos*, llamábamos á sus hijos), íbamos á África á quitarles sus fortalezas y ciudades, gritando alegres: “¿Son muchos? Tanto mejor: ¡á más moros, más ganancia!”

Quien se amilana, se tiene por perdido; y quien se tiene por perdido, lo está de hecho. El miedo á la muerte es más de media muerte. Cobardes ó malvados—y no sé cuál de estas dos cosas sea peor—son aquellos que en circunstancias como las presentes intentan retraer á nuestros soldados, siempre modelos de bizarría, del cumplimiento de su deber, y viles y traidores á su patria los que hipócritamente, para lograr tal propósito, hacen su propaganda entre las mujeres. Contra éstos no parecería exagerada á los buenos españoles ninguna medida de rigor, por muy dura que fuese.

¿Acobardar á nuestros soldados? ¿Amenguar siquiera un ápice su entusiasmo bélico, porque algunos de ellos tienen hijos...? También los tenían muchos de los soldados de antaño, é iban imperturbables á pelear con los moros, con nuestros enemigos de siempre, á la enardecedora y mágica voz de “¡Santiago, y á ellos!”

Y aún hacían más que dejarse atrás sus hijos: para adiestrarlos, solían llevarlos á pelear apenas

pasaban de la infancia á la adolescencia. ¿Por quién pensarán mis lectores que entré yo en ganas, años ha, de leer con algunos pormenores el relato del asalto y toma de Trípoli...? Por la referencia que de ellos hizo en 1533 mi paisano fray Francisco de Osuna, maestro de Santa Teresa de Jesús: ¡él, hijo, según he logrado averiguar, del alcaide de Archidona Diego de Villaseñor, le acompañó (*oculatissimus testis sum*, dice) en aquella gloriosa jornada, no teniendo más de trece años!

Aquellos eran hombres hombres. Políticos, ó lo que seáis, ¿queréis hacer de España, por satisfacer vuestras concupiscencias, una nación de maricas?

(*A B C*, 30 de Julio de 1909.)

XLI

EL TOCADOR DE NUESTRAS
REBISABUELAS

En la correspondencia, por todos estilos curiosa é interesante, que sostiene con muchos lectores de *A B C* una culta redactora de este popularísimo diario, llama especialmente la atención la frecuencia con que solteras, casadas y viudas (supongo que de todo habrá en la viña) piden remedios para las canas, para las arrugas y asperezas de la piel, para las lacras y alifafes, en fin, con que el tiempo y las enfermedades, crueles enemigos de la hermosura, tiran á arruinarla y destruirla, hasta lograrlo enteramente. En este linaje de conflictos, acuden á la mencionada escritora, y ella les responde con fraternal solicitud y con jobiana paciencia, recomendándoles, según los casos, entre otras mil preparaciones, el *petróleo Gal*, el *jabón centrifugado*, la *belleza Venus*, el *agua africana*, los *polvos Angelina* y la *mixtura Emímat*, que la hay para todos los gustos: desde

la que deja el pelo de un color dorado claro, como de albino, hasta la que lo pone más negro que el azabache.

En muchas casas leen en familia y de sobremesa esta correspondencia, que así atiende con recetas y sanos consejos á las flaquezas y necesidades de prójimos y prójimas, y tal lectura suele originar sabrosas pláticas. Una señora del antiguo régimen, y para quien ya—; así está de averiada la pobre!— no sirven aguas ni mixturas, aceites ni mantequillas, jabones ni petróleos, afirmaba poco ha que esos adobos y menjurjes ¡ahora maldice de ellos! son cosa de ayer mañana, vamos al decir, porque las mujeres de antaño, hasta que la pícara Revolución Francesa vino á llevarse de Europa todo lo de Dios y á sembrar y esparcir todo lo del diablo, se abstuvieron cristianamente de esas artimañas fraudulentas y pecaminosas, y fueron á todas partes luciendo su palmito, bueno ó malo, cada cual, eso sí,

“Muy peinada y muy lavada”,

como dice el romance; pero sin

“Su poquito de arrebol”,

contra lo que reza á renglón seguido. Pues ¿mudarse de color el pelo y teñir las canas, borrando las pinceladas de Dios? Ni por ensueño: rubias y pelinegras éranlo hasta que la nieve de los años las volvía tordas ó peliblancas.

Esta señora disertante, en buena paz sea dicho, no supo lo que se disertó; y como en el mismo

error en que está ella están muchas y muchos, yo diré hoy algunas cosillas acerca de los afeites de antañazo; de unos añillos antes que saliera á la luz pública el primer número de *L'Ami du Peuple*.

Haciendo caso omiso de griegos y de romanos, de los godos y de los *otros godos* (como dijo la marisabidilla que había oído *ostrogodos* y no sabía dónde), ya en el siglo xv andaba perdido el mundo en España: quiero decir, gustaban las señoras mujeres de rehacerse los rostros, ó, si vale lo mismo, de dar gato por liebre al sexo barbón. En 1438 escribió el donosísimo Arcipreste de Talavera su famoso *Corvacho*, ó *reprobación del amor mundano*, en donde, á vuelta de mil peregrinos pormenores de las costumbres de aquel tiempo, pone en boca de una mujer envidiosa la pintura de otra mujer, su vecina: “Pues ¿si lieva blanquete? A la fe, hasta el ojo. Pues arrebol, fartura; las cejas, bien peladas, altas, puestas en arco; los ojos, alcohólicos; la frente, toda pelada, y aun toda la cara, grandes e chicos pelos, con pelador de pez, trementina e azeite de manzanilla; los becos, muy bermejos, no de lo natural, sino de pie de palo millgrana (*raíz de granado*), con el brasil con alumbre mezclado... Mudar para la cara, diez veces se las pone una tras otra, al día una vegada, e quando puestas non las tiene paresce una mora de India: çumo de fojas de rábanos, açucar, xabon de Chipre, fecho unguento; otramete azeite de almendras, fabas que sean cochass con la hiel de la

vaca, fecho todo unguento; esto, e razi, açucar, tûtano, pié de carnero negro, de la cera blanca... Estas e otras mill mudas fazen por nueve días; fieden como los diablos con las cosas que se ponen."

Aunque el tocador moderno no aventajara al de tiempos remotos en otra cosa que en haber prescindido de las mil porquerías (enjundias, sebos, hieles, sesos y otras materias animales aún más asquerosas) que como ingredientes de sus unturillas empleaban en lo antiguo las mujeres, sería muy de alabar nuestro aseado progreso. ¿Y en cuanto á ahorrar tiempo? En los pasados siglos una dama que quería lucir el domingo estaba encerrada en su casa, con sus mudas puestas en cara y manos, cuatro ó seis días antes, y apenas si le quedaba tiempo para mostrarse hermosa y reluciente, porque el lunes, vuelta á las mudas. Ahora no; todo lo venden hecho y confeccionado estos providenciales perfumistas, y cualquiera dama se hermosea en tres ó cuatro horas de tocador, que son, según ellas, un abrir y cerrar de ojos; de manera que les queda harto tiempo para lozanearse y dar que admirar á los hombres y que envidiar y murmurar á las mujeres.

La que quiere enrubiar sus cabellos usa la *mixture Emilmat*, una de cuyas diez clases los pone como el oro, y ¡ancha es Castilla! Antes no: había que prepararlo en casa, y ¡á saber cómo diablos saldría las más veces! Véase esta receta, que copio de un manuscrito del siglo XVI:

PARA HAZER LOS CABELLOS RUBIOS

"R/ el palo de la yedra blanco, desollada la corteza y hazer dello ceniza y despues lexia y lábate la cabeça dos vezes a la semana y en dos meses serás rubíssimo; pero hanse de enxugar los cabellos por sí, y, si es posible, al fuego."

Hoy el *petróleo Gal*, en lo de restituir el pelo, hace los milagros que dicen que no llegó á hacer el aceite de bellotas. *In diebus illis* se intentaba tal renacimiento con una endiablada composición de "enjundia de oso y de coluebra" (¡lagarto! ¡lagarto!), y de otra porción de suciedades.

Á la *electrolisis*, que hoy practica limpiamente y sin daño de barras, quiero decir, de la persona, el doctor Mateos, correspondía en otras calendas lo que se llamaba *peladores*: un maldito pegunte compuesto, por lo común, de pez más ó menos griega y de otras cosas que *se agarraban* á la piel; extendido este cerote sobre los vellos, tirábase luego de él fuertemente, y salían ¡pues no, que no!, probablemente con toda la epidermis y algún poquito de la dermis. El procedimiento parece copiado de alguna tribu de la Polinesia.

El *agua africana* hacíanla en casita nuestras tatarabuelas, poniendo á contribución toda la flora de los campos. En uno de los manuscritos que he hojeado para hilvanar este artículo se trata *De las cosas con que se hermosea el rostro y se haze blanco y gentil el cuero y tez de la cara*, y allí salen á cuento la mirra, flor de habas, raíces de:

lirio cárdeno, flor de romero, azahar, zumo de llantén, zumo de la hierba verruguilla y de la cebolla de la azucena, etc., etc.

Claro está que en estos añejos manuscritos no se cita la perfumería Varonat, ni otra ninguna que se le parezca; pero, en cambio, se recomiendan allí las recetas con los nombres de las nobles damas que las preferían ó las habían inventado, y ya no era grano de anís imitar, siquiera en las quisicosas del tocador, al cogollito de la nobleza. Las fórmulas á que me refiero llevan epígrafes como éstos que copio: *Memoria de la manteca que doña María de Mendoza traía en las manos.*—*Esta es el agua de rostro que haze doña Catalina de Cardona.*—*Memoria del agua de rostro con que se lavaba la Princesa de Salerno.*—*Agua que enseñó doña Isabel de Centellas.*—*Las pastillas que haze la condesa de Puñonrostro.*—*Memoria de unos polvillos que traía doña Felipa.*—*El agua almiscada que mostró doña Isabel Manrique.*—*Agua que hacía la reina Luisa para el rostro.*

“Y ¿era general todo esto?”, paréceme que pregunta algún lector. “Generalísimo”, le respondo por adelantado, y ya lo decía en 1617 el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa en su libro intitulado *El Pasajero*: “No hay para las madrazas contento tan sublimado como ver que se engalanan sus hijas, que se atavien y desenvuelvan las regalonas... No les vedan jamás el uso del solimán, de la color, sin otros muchos grasillos, mu-

das y embelecós para sutilizar y volver lustrosa la piel de rostro y manos.”

¿Que cuándo nació este adobarse y acicalarse el rostro la mujer...? No lo sé, pero es fácil presumirlo. Cuando Eva, y ¡ya ha llovido de entonces acá!, cuando Eva, pasado el esplendor de su hermosa juventud, al mirarse en el agua de un charco, se pareció feílla y viejecilla, ya pensó en enmendar la plana á Dios.

Afeites lícitos, cristianamente lícitos (y tienen la palabra los buenos predicadores, sino que la usan con alguna tibieza, por no ahuyentar á las devotas), sólo hay uno: el que se menciona en aquella linda copla:

—“¿Con qué te lavas la cara,
Que tan colorada estás?
—Me lavo con agua clara,
Y Dios pone lo demás.”

Porque, como se dice en el ya citado libro del Arcipreste de Talavera, “aquella es fermosa que con agua del río, puesta una lençereja, sin otra compostura, relumbra como una estrella”.

(A B C, 13 de Septiembre de 1909.)

PAPARROUCHE & FARAMAILLE,
AGENCE CANARDIÈRE

Nada se pierde en el mundo, aunque hay en él mucha gente perdida. Las personas, como las cosas, mudan de lugar, ó de aspecto; pero por ahí andan disfrazadas, *en funciones* de lo que fueron siempre. Los ferrocarriles, verbigracia, ¿dieron al traste con las antiguas famosas ventas, en cada una de las cuales hallabais por amo y huésped á Caco redivivo? Con las ventas, sí; con los venteros, no. Alabáis á Dios por la desaparición de aquella dañina ralea; estando en esto, recibís el talón de una caja de dulces que os envía un amigo ó pariente; mandáis por ella, hacéisla desclavar con cuidado, y en lugar de lo que aguardabais, os encontráis un par de pantalones desechados y unas botas viejas, y decís, dándoos á todos los diablos: "¡Aún hay venteros, Veremundo!" Porque el ladronazo que sacó lo otro y metió esto, ¿quién puede ser sino el hijo ó nieto de un ven-

tero de antaño, que se hizo mozo de estación cuando su padre ó abuelo no tuvo á quien desvalijar en la venta solitaria?

Cosa parecida suele acontecer con el pasto que se elabora para saciar la curiosidad del gran público. Antes, un ciego y su inevitable prójima corrían medio mundo explotando la literatura de cordel y dejando boquiabiertos á sus auditorios con relaciones de sucesos peregrinos y pinturas de fieras jamás vistas, pertenecientes á una fauna que ni en sueños columbró ningún naturalista nacido de madre. Ahora, los más de aquellos ciegos han renacido en Francia, ven más que linceos, son más *frescos* que sorbetes, y, muy mejorados de fortuna, colocan su *marchandise* y cultivan el *infundio* por medio del telégrafo y del cable; en una palabra, se han subido á mayores y héchose agentes universales de información periodística. Son, claro está (y no me refiero á las muy contadas agencias respetables y serias), los mismos pícaros que antes; pero ya andan en coche y en automóvil, y comen y beben fuerte, y fuman de lo caro, y se ahitan de miles de francos, á costa de la perdurable tontería humana. Á la clase de estos ex ciegos franceses, hoy con más vista que Argos griego y Candelita hispano, pertenece cierta agencia telegráfica, cuyo nombre he partido, por gala, en dos, disfrazándolo con los significativos aunque grotescos apellidos macarrónicos de *Paparrouche & Faramaille*.

Como los embustes que esta agencia hilvana no

caben ya en este viejo mundo, ni por aquí habíamos de querérselos (tales son de desafortados), mándalos con preferencia al otro, á América, para dar la razón al refrán que dice: "De luengas vías, luengas mentiras." Y ¡hay para hacerse cruces leyendo las carocas que mete y cobra, por ejemplo, en *El País*, diario católico de Méjico! Todo, por supuesto, tirando á rompernos algo á los españoles; que tan mal nos quieren muchos de nuestros vecinos de allende el Pirineo, que no parece sino que hemos dejado de pagarles alguna cuentecilla atrasada.

Veán los lectores de *A B C* unas muestras del paño que gasta la agencia Ré... (íbalo á decir), cuando telegrafía sobre cosas de España, y, de camino, entérense de alguna grave noticia que nos está ocultando el Gobierno. Nada sabíamos de que el cólera está diezmando á nuestro ejército de Melilla, y desde el 25 de Agosto lo saben en Méjico, por un despacho que cabalmente procedía de esta plaza española. Helo aquí:

"Melilla, Agosto 25.—Á consecuencia de lo insalubre del campamento español, el cólera ha atacado á las tropas, que están en una condición terrible."

¡Cielo santo! Si esto sucedía treinta días ha, ¿quién quedará vivo en Melilla á estas horas? Y ¿quién al presente está ganando gloriosos laureles á costa de la morisma? Será, sin duda, el *coguesponsal* de la agencia *Paparrouche & Faramaille*, único pedazo de carne bautizada que por allí que-

da. El cual, como sobreviviente fénix, está haciendo mangas y capirotos de toda la comarca.

Pero todo esto es tortas y pan pintado junto á las *trolas* que metió la famosa agencia *canardière* durante la semana roja de Barcelona. ¡Aquello sí que era flor de canela! Por su imaginario corresponsal de Madrid nos enteramos, pasado un mes, con el mismo recodo de las bandas americanas, de una porción de cosazas estupendas, y entre ellas, de que "se confirman las noticias sobre que el general Weyler ha sido comisionado para sofocar los desórdenes del interior de España"; de que el señor La Cierva es entre nosotros más conocido que por su propio nombre por el de "el Trepoff español", y de que "la línea entre Madrid y Barcelona está llena de desolación. Se derrumban todos los pequeños puentes". Dice pequeños, indicando que los pobres españoles no tenemos puentes grandes.

Así: ¡se derrumban todos! Es una de las más sencillas maneras de mentir: ampliar de lo singular á lo general, como hizo el inglés del cuento, que, porque al salir de Bobadilla, yendo asomado á una ventanilla del tren, le arrancó un bromista, desde la de otro que entraba en la estación, un puñado de pelos de una de sus rubias patillazas, pasado algún tiempo contaba en Valladolid, como la cosa más corriente del mundo: "En Bobadilla haber la mala costumbre de arrancar las patillas á los viajeros ingleses."

Todo para la agencia de marras sube de pun-

to cuando nos es adverso á los españoles, y baja de punto si nos es favorable. Parece más mora que cristiana, y no es sino meramente francesa. Aun en las noticias que transmite sin ánimo visible de ofendernos, hay que leer entre renglones la indicación de que para todo tropezamos con dificultades insuperables. Véase:

“El alto funcionario del Gobierno ha añadido que la Marina necesitará veinte mil bestias de carga para el transporte de provisiones de tres días al ejército en acción.”

¡Muchas bestias son, y tendremos necesidad de buscar por ahí fuera las que nos falten! Ó transportaremos las provisiones por el aire, sirviéndonos de algunas bandadas de esos *canards* voladores y gigantescos con que vosotros soléis asombrar al mundo.

En serio. Nada tan respetable como lo que toca al fuero social de extranjería, ni tan simpático y digno de estimación como los franceses verdaderamente cultos, amables y finos en su trato, sinceramente amigos de España, nación que, en justa correspondencia, les prodiga sus afectuosas atenciones; pero á esos otros hinchados pedantones que se encaraman en la torre de su vanidad y desde ella nos miran como á enanos, á esos enreídos *poseurs* que afectan desdeñarnos, siendo así que otra les anda por dentro, y mienten aposta cuando hablan y escriben de España, por estimar de buen tono fingirse mal enterados de las cosas de aquende, á esos *superhombres* ridículos

que, porque han escrito seiscientos versos y seis novelas—Cervantes escribió el *Quijote*, y era la modestia en persona—se suben á despreciadores del mundo entero, como si en él nadie hubiera mayor de edad sino ellos solos, á esos descomedidos é insolentes fantasmones, necio será quien les guarde unas consideraciones que ellos se empeñan en no merecer. Y cuenta que, en paz sea dicho de los buenos franceses, en Francia hay muchos graves varones como el *Paparrouche* y el *Faramaille*, que, tutelarmente, están llenando *les deux mondes* de gordos embustes.

(A B C, 28 de Septiembre de 1909.)